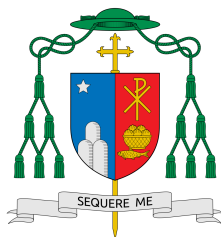




**Intervención de
Mons. Ariel Torrado Mosconi,
obispo Santo Domingpde Nueve de Julio, sobre la figura del
cardenal Eduardo Francisco Pironio, en el ciclo de conferencias
“Santidad: una propuesta para el mundo de hoy”
en la Pontifica Universidad Católica Argentina,
en la C.A.B.A el jueves 29 de agosto de 2019.**



Intervención de monseñor Ariel Torrado Mosconi, obispo de Nueve de Julio, sobre la figura del cardenal Eduardo Francisco Pironio, en el ciclo de conferencias “Santidad: una propuesta para el mundo de hoy” en la Pontificia Universidad Católica Argentina, en la C.A.B.A el jueves 29 de agosto de 2019.

En el marco del ciclo de conferencias “Santidad: una propuesta para el mundo de hoy” organizado por el Vicerrectorado para la integración y el Instituto de cultura universitaria de la Pontificia Universidad Católica Argentina, se ha encargado a la Acción Católica Argentina la presentación de la figura del cardenal Eduardo Francisco Pironio. Ellos, a su vez, me han invitado a tomar parte en mi carácter de obispo de la diócesis de Santo Domingo de Nueve de Julio, tierra natal del Siervo de Dios. La consigna que se me ha dado es “qué ha significado el pensamiento del Cardenal en la Iglesia de nuestra patria”

Tuve algún que otro encuentro personal breve con el cardenal Pironio. Mi conocimiento proviene tanto del muy buen recuerdo que guarda de él el clero de la arquidiócesis de Buenos Aires, al cual pertenecí, o la memoria cordial de tantos obispos, sacerdotes, religiosos y laicos que lo trataron así como el recuerdo entrañable de sus familiares y amigos de su “pago chico” de Nueve de Julio. En ello me apoyo para el presente testimonio sobre la figura y el legado pironiano a la Iglesia de nuestra patria.

Entrando de lleno en el tema que nos ocupa, deseo caracterizar tanto la figura como su legado con tres tópicos -ya bastante conocidos- que sintetizan y expresan acabadamente la riqueza de su personalidad y la amplitud de la herencia de nuestro Cardenal. Pironio fue “hombre de comunión”, “profeta de esperanza” y “pastor sensible y servicial”. Y no se trata de la repetición de rótulos o apelación a clichés conocidos sino de realidades que “saltaban a la vista” de quienes lo trataron, o leen hoy sus escritos y es lo que ha quedado en la memoria eclesial. De una manera u

otra los laicos, los jóvenes, las religiosas, los sacerdotes y obispo que lo trataron, decían y dicen, palabras más, palabras menos: “Pironio unía, Pironio tenía una mirada genuinamente de fe sobre la realidad, Pironio concibió siempre su camino sacerdotal como un servicio pastoral en y a la Iglesia”.

Tanto por su naturaleza y temperamento tranquilo, manso y pacífico, como su concepción teológica, Eduardo Pironio fue un hombre de comunión. La anhelaba de todo corazón como el bien más precioso de la Iglesia; la buscaba procurando facilitar el encuentro entre quienes pensaban, sentían o se ubicaban en sectores distintos y opuestos; y, también sufría por ella en silencio, o renunciando humildemente a su postura en aras de la unidad. Bien puede decirse que su estilo de trabajo -sobre todo desde que fue consagrado obispo- fue “comunional”. La reflexión teológica inmediatamente previa al Concilio Vaticano II y el magisterio a partir de este, había recuperado el concepto y valor de la “colegialidad episcopal”. Monseñor Pironio lo vivió como algo connatural y habitual. No olvidemos que fue elegido por sus pares para cargos, precisamente, de organismo colegiados tanto en nuestra conferencia episcopal como en el CELAM. Ya en la curia romana fue siempre respetuoso del lugar del Obispo diocesano en su Iglesia particular, teniéndolos siempre en cuenta, consultándolos y poniéndose a su disposición. La “sinodalidad” a la cual nos llama hoy el Papa Francisco como modo de conducirnos eclesialmente, era parte normal y cotidiana del ejercicio de su episcopado y servicio eclesial. ¡Y también sufrió por la comunión! Tenemos noticias, testimonio y -cuando llegue el tiempo preceptivo de apertura de los archivos de la Santa Sede- sería importante que algún estudioso se ocupara de darnos a conocer con cuanta libertad, humildad, lealtad y delicadeza manifestaba su opinión y consejo al Papa del momento, a sus hermanos Obispos y Cardenales, Superiores religiosos, personalidades o simples fieles que le pedían una palabra que arrojara luz. Por su personalidad sensible, sabemos que sufría profundamente con las críticas y los desprecios, respondiendo con el silencio, la oración y una tímida sonrisa. ¡En esto se fraguó, templó y consolidó una personalidad apasionada por la unidad entre las personas, en la comunidad eclesial y en la sociedad!

Permítanme la digresión y la salvedad para afirmar que, según mi parecer, se ha abusado del apelativo de “profeta” en la Iglesia de las últimas décadas: cualquier “grito o pataleo” era considerado “profético”. Digo esto para hacer notar que tal término referido a nuestro Siervo de Dios, está dicho en el mejor sentido del vocablo, desde su naturaleza bíblica y también -aspecto no menos importante- desde la incomodidad que le provocaba a la misma persona cuando se lo decían

refiriéndose a él mismo. ¡Pironio fue un profeta porque era un contemplativo! Su mirada, opinión, discernimiento, juicios, afirmaciones se gestaban en el silencio meditativo y cordial de la oración. Esto se notaba, lo percibía quien lo oía o quien lo lee: su palabra brotaba de muy adentro y no era ni improvisada, ni superficial, ni repetición de tópicos comunes o políticamente correctos sino sabiduría del corazón, de la experiencia y del silencio.

Y no fue profeta de un relato, una ideología ni siquiera de una línea teológica o sector eclesial, sino de una realidad teológica: profeta de esperanza. El Padre Pironio predicó la esperanza, su existencia fue una enseñanza sobre la esperanza y, sobre todo, sufrió con esperanza. ¡Esa es su mejor y más acabada prédica sobre la esperanza! Sufrió con esperanza la incertidumbre de los cambios eclesiales de su época, sufrió con esperanza la incompreensión y los obstáculos que se le presentaron en su ministerio y sufrió con esperanza, aleccionándonos a todos, su última enfermedad. Bien puede decirse que se tomó muy en serio su lema sacerdotal “Cristo en ustedes, esperanza de la gloria” (Col 1,27).

Esa esperanza, brotaba de su contemplación del misterio de la Encarnación y de la Pascua. Encarnación, cruz, resurrección están -no puede ser de otra manera- profundamente integradas en su espiritualidad, su predicación y su pastoral. El cardenal Pironio vivió acabadamente aquel aserto latino “contemplata aliis tradere”, que vine a decir “transmitimos, comunicamos, predicamos lo que contemplamos”. Basta releer su “Meditación para tiempos difíciles” para darnos cuenta del realismo de su mirada y de su visión esperanzada del futuro. ¡Su lectura es altamente recomendable, también, para la situarnos en la Iglesia y la sociedad argentina de este momento!

De Pironio como “pastor” no voy a destacar ni enumerar sus realizaciones y logros pastorales “visibles y mensurables”. Es más, si alguna debilidad o carencia habría que reconocer de nuestro querido Cardenal -según quienes lo conocieron de cerca y quisieron de verdad- era, precisamente, en sus pocas dotes de mando, conducción o gobierno, aunque sabiamente suplidas tanto por su humildad como por su saber dejarse ayudar. De este verdadero gran pastor de la Iglesia de la segunda mitad del siglo XX diré algo que me parece lo más significativo y contundente de su obra pastoral: su estilo, modo y manera de ejercer su ministerio pastoral es el modelo que la inmensa mayoría del episcopado mundial intentamos vivir hoy día. Sí, Pironio “hizo escuela” en esto. Su rutina cotidiana y vida doméstica, su modo de vestir, su casa, sus desplazamientos, su manera de relacionarse con los fieles o sus

colegas obispos, todo ello de modo sencillo, austero y acogedor marcan todo un perfil y estilo de pastor cercano, en medio e integrado a su rebaño, compartiendo sus circunstancias, vicisitudes, penas y alegrías. Sin exageración alguna, me atrevo a decir con toda convicción que cuanto hoy pide el magisterio eclesial al episcopado universal -particularmente en el Directorio para la vida y ministerio de los obispos- y la prédica misma del Papa Francisco, lo encontramos auténticamente encarnado, ya hace cincuenta años, en la figura del obispo Eduardo Pironio.

Por todo lo anterior, me animo a decir que, más que el influjo de un pensamiento elaborado y expuesto sistemáticamente, la significación de Eduardo Francisco Pironio para la Iglesia peregrina en la Argentina está en el mismo testimonio de su figura y existencia, que abarca su hondo y dilatado apostolado y magisterio pastoral hecho de silencio, oración, palabras y gestos.

Para finalizar, permítanme una invitación y un desafío, para alguien que “recoja el guante” y se aboque a la tarea. Hace un tiempo encontré un escrito del cardenal Rodríguez Maradiaga en el cual refería acerca de un Retiro espiritual que Eduardo Pironio había predicado a obispos de Latinoamérica en La Antigua y que había marcado profundamente a monseñor Romero. Hace unos días, un hermano obispo argentino me contaba que el cardenal Rosa Chavez, que fue colaborador del santo obispo mártir salvadoreño y hoy es obispo auxiliar de la capital, sostenía lo mismo: la predicación de Pironio había animado no solamente la pastoral y el profetismo de aquellos obispos, sino también su compromiso hasta entregar la vida martirialmente por el rebaño. Lo mismo puede decirse de la carta escrita por el cardenal Pironio a monseñor Angelelli -fecha el 4 de agosto de 1976, día de la muerte del prelado riojano- en la cual tenía sentidas palabras de ánimo para confortar al hoy beato mártir. Sería muy interesante e importante poder tener una información más completa sobre el rol y papel de nuestro Siervo de Dios acompañando, sosteniendo y ayudando a esos sufridos pastores de ayer que hoy son gloria y modelo de nuestra Iglesia hispanoamericana. Bien podemos decir que los archivos vaticanos no solamente guardan documentos de momentos oscuros de la vida de la Iglesia, sino también atesoran la memoria escondida y gloriosa de santidad, martirio y amor al Señor, su Reino y el Evangelio. ¡A ver quién se anima: la cuestión está planteada! Muchas gracias.

Ariel Torrado Mosconi
Obispo de Santo Domingo en Nueve de Julio